



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—La Primavera (poesía), por don Manuel M. Flamant.—Contra Soberbia Humildad (continuación).—La Corona de Violetas, novela original, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Viajes: Razas salvajes, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Modas.—Explicación del grabado de Modas.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hijo, por la Marquesa de Lambert.

No es común saber manejar la alabanza. El misántropo no la conoce; el adulador alaba demasiado, se desacredita y á nadie honra: el vano da alabanzas para recibirlas, y muestra demasiado que no alaba por inclinación: los talentos cortos, lo estiman todo, porque no conocen el valor de las cosas, y no comprenden la estimación ni el desprecio: los envidiosos no alaban por miedo de igualárseles, y el hombre de ilustración y honradez alaba á su tiempo, y tiene mas gusto en hacer justicia que en aumentar su reputación disminuyendo la de otros.

A la cólera debe oponerse la paciencia; la moderación á la injusticia, y el mejor modo de vengarse de una injuria es no imitar al que la ha hecho. César decía: *Que el fruto mas dulce de sus victorias era poder dar la vida á los que habian atentado á la suya.*

Es general no poner para el trato mas que discursos frívolos que sirven poco á la sociedad: los hombres de bien se unen por las virtudes: el común de las gentes por los placeres, y los malvados por los delitos.

La mesa, el juego y el amor tienen sus excesos peligrosos: no siempre se puede tratar como juguete á la hermosura; algunas veces manda con imperio.

La envidia es la pasión mas baja y vergonzosa del mundo, y nunca se confiesa: es la sombra de la gloria, como la gloria es la sombra de la virtud.

La avaricia es un vicio, obstáculo de todas las virtudes: entregándose á ella se renuncia á la gloria; y si ha habido ilustres malvados, no ha habido avaros ilustres. El amor á las riquezas es el principio de todos los vicios; el desinterés el principio de todas las virtudes.

Una gran reputación es un gran tesoro, y es fácil conseguirla haciendo bien á todos: observando esos inmutables principios de equidad, obedeciendo á todos los impulsos generosos; viviendo en fin para los demás. Tal es el deber del hombre público.

Nada contribuye á enaltecernos como los estudios, en ellos se deben escoger noticias, no amontonarlas: se entra en los principios de las cosas, se conoce al hombre y sus defectos, y los de las sociedades. La historia sobre todo es el mayor maestro de la vida; pero hay que reflexionar sobre ella; porque sino se piensa

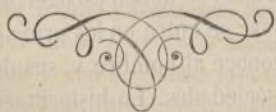
mas que en llenar la memoria de sucesos, adornar el entendimiento con los pensamientos y opiniones de los autores, no se reunirá mas que un almacen de las ideas de los otros. La reflexion es la guia que conduce á la verdad; y solo se deben considerar los hechos como autoridades para apoyar la razon, ó como motivos para ejercerla.

Estudiar la historia, en efecto, es estudiar las pasiones y las opiniones de los hombres, es descubrir sus acciones, que han parecido grandes estando ocultas, y autorizadas con los buenos sucesos; pero que muchas veces se hacen despreciables cuando se conoce el motivo. Nada mas equivoco que las acciones de los hombres; es necesario tomar desde el principio su conocimiento, es necesario asegurarse de la intencion de las acciones antes de aplaudirlas.

Debe mirarse á los príncipes en la historia como personajes de teatro, que no interesan sino por las cualidades que nos son comunes con ellos; así se vé que los historiadores que se han dedicado á pintar los hombres mas que los reyes, y que nos los representan familiarmente, nos agradan mas. Nos reconocemos en ellos, gustamos ver en los grandes nuestras flaquezas, y nos elevamos en alguna manera á su altura. ¡ Puéril consuelo de nuestra bajeza! Mírese en fin la historia, como un testigo de los tiempos, y una pintura de las costumbres, y en ella se podrá uno conocer, sin que se dé por ofendida la vanidad.

Importantes todos los demas estudios, no tienen sin embargo el general interés que la historia, cuyos libros deben ser un compañero inseparable de la juventud.

A. Pirala.



LITERATURA.

LA PRIMAVERA.

*A la señorita DOÑA CARMEN T*****

I.

Deliciosa mensajera
Del amor y de la vida,
De leves nubes ceñida,
Desciende la primavera.

Placer secreto estremece
A su paso, vega y monte,
Y el antes yerto horizonte
Se colora y resplandece.

Ecos de alegres cantares
En su redor se dilatan;
Su faz juvenil retratan
Los ya cariñosos mares.

De vida un gérmen encierra
El musgo, el mar, la colina,
Y la nube peregrina
Y la fecundada tierra.

Truécase el letargo inerte
En vivificantes días,
Y en sublimes armonías
El silencio de la muerte.

De las ramas al quejido,
Al ronco són del torrente,
Del mar al eco potente,
Del cierzo al rudo estallido:

Sucede el himno de amor
Que el modesto lirio entona,
Y el canto con que pregona
Sus dichas el ruiseñor.

Y el apacible murmullo
De la juguetona brisa,
Y la mágica sonrisa
Del ignorado capullo.

Altar de la primavera
Son el césped escondido,
El tronco, la roca, el nido,
Y la gruta de la fiera.

Todo es venturoso y bello,
 Todo alegría atesora,
 Y es esa luz creadora
 Del trono de Dios, destello.

Mas, ¿por qué si en tanta gloria
 El corazon se concentra,
 La reflexion solo encuentra
 O la nada, ó vil escoria?

Gayas flores, que los ojos
 Cautivais, y el albedrío,
 ¿No labrais vuestro atavío
 De otras mil con los despojos?

Emblema de la molicie
 Y del placer fresca rosa,
 ¿Será que siempre amorosa,
 Grata brisa te acaricie?

¡Rotas por el torbellino
 Fueron tantas rosas bellas!
 ¡Secas hojas son las huellas
 Que revelan su destino!...

II.

¡Saludad la primavera,
 Que, de la belleza amiga,
 Galas sin par la prodiga
 Con que engalanar su sien!

Mas, la belleza y las flores
 Al par caerán destrozadas,
 Sin piedad desheredadas
 De sus pompas y su Edén,

Si sus horas de ventura
 Dejan deslizar sin fruto,
 Nécias negando el tributo
 Que les exige el amor.

¿Qué valen flor sin aroma
 Y belleza sin ternura?
 ¡El dolor á esa hermosura,
 La oscuridad á esa flor!

No os seduzca el sol brillante,
 Ni la serena mañana,
 Ni el lirio que brota ufana
 La tierra en su juventud.

A hollar tan preciadas galas
 Se apresta el áspero invierno;
 Oh! Solo es digno y eterno
 El brillo de la virtud.

El cáos, nuevas tinieblas
 Brotará del mudo seno,
 Y el mar, el viento y el trueno
 Confundidos bramarán.

Aprisionando el arroyo,
 El pajarillo sin canto,
 La campiña sin encanto
 Su soledad llorarán.

Tal, los brillantes ensueños
 Se disipan al ambiente
 Glacial, oscuro, inclemente,
 De la severa verdad.

De esterilidad herida,
 El alma un día se gasta;
 La idea mas entusiasta
 Se apaga en su inmensidad.

Al sol de audaces delirios,
 Rica flor, que envidia el cielo,
 Alzase y perfuma el suelo,
 Una amante aspiracion.

Poco despues... ¿Veis el alma
 Presa de un dolor sin eco?
 ¡Crece en ella frio y seco,
 El árbol de la razon!

MANUEL M. FLAMANT.

Mayo de 1856.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Mma. Roland, consolada con aquella invitacion matinal que le ofrecería ocasion de pasar todo el dia con Teresa, la abrazó prodigándola los nombres mas tiernos, y el coche desapareció con la rapidez del rayo.

Teresa corrió á encerrarse en su gabinete, anunciando á sus doncellas que no las necesitaba para desnudarse.

Una vez sola, arrancó furiosa sus flores, sus diamantes, y fijó distraidamente sus ojos en el espejo, contemplando el espantoso desórden de sus facciones.

Entonces reflejóse en aquella magnífica luna veneciana una estraña vision. Teresa vió levantarse cautelosamente la tapicería que ocultaba una puerta secreta, y aparecer el raquítico mayordo-

mo del general, que colocó silenciosamente una carta sobre el mármol de la chimenea.

Casi asustada, volvió maquinalmente la cabeza para persuadirse de que no soñaba, y vió con asombro desaparecer al mayordomo por detrás de la tapicería, que volvió á caer.

Entonces avergonzada de que un criado se atreviese á penetrar en su gabinete por la puerta secreta, corrió hácia la chimenea y abrió con ansiedad la carta, aguardando encontrar en ella la esplicacion de aquel enigma.

Teresa palideció.... Aquella carta era del general, pero no estaba dirigida á ella, sino al antiguo mayordomo. Decía así:

Viena....

«Mi querido Simon: Durante nuestro viaje el duque de Wurtzburgo, que es un gran filósofo, ha logrado persuadirme de que el verdadero estado del hombre es el matrimonio, y poniendo en práctica su excelente doctrina, acabo de desposarme con una sobrina del Archiduque Juan, gran Vicario del Imperio.»

«A esa pobre muchacha le harás entrega de todos los muebles, alhajas, y demás efectos que existen en la casa, procurándole, si puedes, alguna colocacion.»

«El palacio estará tapizado y alhajado de nuevo para nuestro regreso, que no se efectuará hasta dentro de dos meses, y para lo que te mando las instrucciones adjuntas.»

General D.

—¡Tened piedad de mí, Señor! exclamó Teresa, cayendo desplomada en uno de los sillones que ocupaban su elegante gabinete.

VIII.

EL ANGEL CAIDO.

«Y el santo de Israel abrió su mano
» Y los dejó, y cayó en despeñadero
» El carro y el caballo, y caballero.»

Rioja.

El mayordomo del general D... era un hombrecillo como de cincuenta y seis á sesenta años, limpio, colorado y regordete, nacido expofeso para mayordomo; astuto como un zorro, y diligente como una ardilla, aunque un poco encorvado, á causa de una raquitis que había padecido en la infancia.

Simon Bonchamps era uno de esos villanos de raza, que se gozan en verlo todo por el lado amargo, que se regocijan cuando á fuerza de indignas investigaciones hallan traicion en la amistad, y manchas en una virtud acrisolada.

Ayuda de cámara del padre del general, acarició á éste en sus brazos cuando niño, halagó sus pasiones cuando joven, le animó y acompañó en una vida de desórdenes, y cuando su pupilo llegó al gran puesto que ocupaba en el ejército, Simon compró en su nombre un palacio en la Plaza de la Concordia, le alhajó y ordenó á su gusto, y se colocó al frente del gobierno de la casa con el pomposo título de mayordomo mayor.

Aquellos fieros republicanos, que en los tiempos del Directorio hacían gala de imitar las sencillas y severas costumbres de Esparta, se habían tornado con el Imperio mas altivos y vanidosos que los aristócratas de raza pura. Cada palacio era un remedo de las Tullerías, cada Mariscal un Napoleón en pequeño: Simon, como hombre de mundo, comprendía perfectamente todas las exigencias de su delicada posicion. Sea cual fuere el grado de confianza que tuviese con su señor, aparentaba en público una obediencia ciega, y un respeto humillante á sus órdenes. Firme siempre en la idea de que el mejor medio de dominar al hombre, es el de halagar sus caprichos, trataba á Teresa con toda la esquisita y puntual galantería de los criados mayores del antiguo régimen, prevenía sus menores caprichos, celebraba sus gracias, y se multiplicaba, por decirlo así, para que nada faltase á tan altiva belleza.

Pero en vano se sacrificaba Simon por captarse el aprecio, ni aun la benevolencia de Teresa, sus atenciones eran recibidas con frialdad, casi con sarcasmo: Teresa sentía hácia aquel hombre una repugnancia particular, una antipatía tan natural, que por mas que el respeto que debía al General la obligase á no faltarle nunca, su presencia le causaba siempre una conmocion interior de espanto, como la que experimenta el que distingue un áspid oculto entre las flores, y ahoga en su garganta el grito en que iba á hacerle romper el miedo.

Cuanto mas frias y estudiadas eran las frases que empleaba Teresa, tanto mas viva era la hoguera que encendía la severa beldad en el pecho de Simon, que avasallado hasta entonces por la sed del oro, había estado cerrado para todos los demás sentimientos. Sus ojos la miraron al principio con admiracion, pero cuando la hubieron hallado tan hermosa y seductora, acabaron por codiciarla,

como habia codiciado hasta entonces las talegas de luises y las joyas de la corona.

Aquel sentimiento nuevo en su alma habia hecho ya sufrir á Bonchamps una dolorosa prueba. Precisamente cuando estaba ya disponiendo su marcha el general para Viena, Simon á pesar de sus años y su raquitis, se vió solicitado para dar la mano á una rica y feísima heredera, que aunque pasaba de los cuarenta y cinco años, podia redondear su ya crecida fortuna.

Bonchamps experimentó al recibir aquella nueva alegría parecida al delirio, corriendo de un lado á otro como un niño; luego se paró, llevó la mano á la frente como quien medita.... arrojó al fuego la carta, y tomaudo un buen caballo salió á despedir al general, que partia en aquella misma tarde con el duque de Wurtzburgo.

De vuelta á su casa se encerró en su gobinete y contestó á la carta de su amigo:

«Querido Luis: No puedes imaginarte el placer que me ha causado la feliz nueva de que al fin has logrado vencer los desdenes de Lucía, decidiéndola á perder su libertad en las aras de Himenco.

»Tú, que has sido en esta ocasion el autor de mi felicidad, me harás el obsequio de hacerle ver la necesidad de aplazar nuestra dicha para dentro de.... un par de meses, pues con las lluvias de primavera me resiento terriblemente del reuma.

»Adios, no dejes de manifestar á Lucía cuántas lágrimas arranca esta forzosa dilacion á su fino y acrisolado amante.»

Simon Bonchamps.

—Ahora, se dijo á sí mismo el viejo, luego que hubo cerrado la carta, aguardemos. El orden de los sucesos coronará mi obra, sin que yo ponga otra cosa de mi parte que la paciencia.

Y Simon Bonchamps siguió con Teresa la misma conducta que si estuviere en casa el general. Respetuoso, diligente, siempre con la risa en los labios, prevenia los descos de su jóven ama, le presentaba magníficos ramilletes de flores, fingia no apercibirse de la poca simpatía que inspiraba, y esforzabase noche y dia en ocultar á los ojos de todos el atrevido pensamiento que encendiera en su alma aquella belleza altiva y desdeñosa.

El viejo tenia razon, el orden de los sucesos debia traer rodando hasta sus piés la corona de flores de la cortesana.

Pero volvamos á Teresa.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

Una noche nos hallábamnos reunidas varias personas: la mayor parte éramos jóvenes de ambos sexos. La conversacion despues de girar sobre diferentes puntos recayó en el amor: cada cual juzgó ese sentimiento segun lo comprendia. A los ojos de los unos, era el origen de todo lo grande, de todo lo bello que en el mundo existe: á él añadian, deben sus inspiraciones los mas célebres pintores, los mas ilustres poetas: la belleza de la Fornarina, tantas veces reproducida por Rafael, contribuyó á su gloria tanto como su génio: para él, lo mismo que para otros grandes artistas, el amor fué un ángel benéfico, que abrió á su memoria el templo de la inmortalidad. Los cantos del Dante, del Petrarca, del Tasso; los de Garcilaso y de Rioja ¿revelan mas que amor? ¿No ha sido el inspirador de todos los poetas antiguos y modernos, liricos ó dramáticos?

A esta acalorada manifestacion respondian otros con razones negativas. Amar, para ellos era abdicar su libertad; aislarse del mundo con el objeto de su cariño para tener la compensacion de los placeres á que renunciaban, en el de atormentarse mutuamente con sus celos, sus exigencias, y sus caprichos. No faltó tampoco quien dudase hasta de la existencia de una pasion que daba lugar á aquella discusion cada vez mas animada, citando en apoyo de su opinion los versos de Metastasio:

*E la fide degli amanti
Come l' áraba fenice
Que vi sia ciascun lo dice
Dove sia nesun nol sa.*

Y sin embargo, dijo una señora interrumpiéndole, se ha criticado á Metastasio que pone esos versos en boca de un personaje del Arsaces, segun creo, que en esa ópera lo mismo que en todas las suyas, los reyes, las princesas y los guerreros, no se ocupan mas que de amores. Si esa es la opinion de vd., difícilmente se le convencerá de lo contrario. Al ciego de nacimiento puede escusársele el que niegue la existencia del sol, por mas que sus rayos iluminen el espacio que le rodea. Se blasfema del amor hasta que se le conoce, despues se reniega de

él, pero en uno y otro caso el corazón debe echarle menos. Para mí el escepticismo procede únicamente del egoísmo y del orgullo: el que se cree mas que todos, desdeña á los demas: el que se juzga superior en virtudes, y no vé en los hombres sino maldades, y en las mujeres falsía, acaso juzgue á los otros por sí mismo; pero en el aislamiento á que se condena, ¿qué le queda en cambio del amor, de la amistad, de los goces santos de la familia?

—La gloria! respondió un jóven con petulancia.

—La gloria! La gloria sin el amor no es mas que vanidad! ¿Para qué sirve al hombre que no puede hacerla reflejar sobre la frente de una mujer amada, que no ha de legarla á sus hijos con su nombre honrado? Los aplausos halagan el orgullo, pero solo el amor llena el alma.

—Vd., repuso él, segun eso considera el amor como una virtud?

—Seguramente: vd. en cambio lo confunde con otras pasiones vulgares. Hé aqui la diferencia.

—No; yo no niego que el amor ha existido en los tiempos de la Caballería: hoy, tal como vd. lo comprende, pertenece á la *tradicion*. Hoy no se hallarian en el mundo entero otros dos amantes de Teruel.

—Los tiempos y las costumbres varian, pero en el fondo, el hombre es siempre el mismo. Puesto que hoy vemos iguales ambiciones, iguales vicios que en las épocas mas remotas, ¿por qué negar que existan los mismos sentimientos? La única diferencia que hay, es que entonces se hacia alarde de lo que hoy se oculta. El amor es una virtud; como ella tiene *su pudor*, y se concentra en sí mismo para evitar la publicidad. Muchos hechos lo prueban todos los dias: en apoyo de esta verdad citaré uno solo.

Y continuó así:

«En una mañana de primavera del año 1834, bajaba una jóven acompañada de su aya por la calle de Carretas, en direccion á la Puerta del Sol. A pesar de llevar echado el velo, se veian al través del tul sus graudes ojos negros, su boca graciosa, su tez de un moreno claro: su fisonomía llena de espresion, reunia al mismo tiempo ese aire de candor y de modestia que forman el primer elemento de hermosura en una jóven. Alta, delgada, con modales llenos de distincion y de elegancia, aquella encantadora criatura, era uno de esos tipos que agradan á primera vista y que fascinan despues.

¿Quiéren vds. saber su nombre? Se llamaba Isabel Ramirez.

Al llegar frente á la fonda de los Andaluces, vió á una mujer que iba vendiendo ramilletes de violetas por la opuesta acera; al cruzar la calle, sea que hubiese tropezado, sea á causa de un desvanecimiento de cabeza, cayó en medio sin sentido.

Un coche que llegaba á escape de la Puerta del Sol iba á pasar sobre ella. Rápida como el pensamiento la jóven de quien he hablado, sin atender al peligro, sin reflexionar mas que en la necesidad de prestarla auxilio, se lanzó junto á la desgraciada, la cogió por un brazo, y haciendo un violento esfuerzo consiguió incorporarla. La mujer no podia moverse: las dos estaban amenazadas de un riesgo igual. Todos prorumpieron en un grito de horror: el carruaje iba á pasar sobre ellas. Esto fué obra de un segundo.

Un jóven entonces asiendo con fuerza uno de los caballos logró desviarlos, pero esponiendo su vida.

—Gracias, gracias, le dijo Isabel con acento conmovido. Y sin perder su presencia de ánimo, ayudada por él, condujo á la pobre mujer á la fonda inmediata.

Allí, mientras frotaba sus sienes con vinagre, que pidió á uno de los mozos, se informó y supo que su jóven libertador no se habia lastimado. Absorta por su interés hácia aquella desgraciada, Isabel no se fijó en el grupo de curiosos que se habia formado á la puerta del establecimiento, y en que su aya no estaba allí.

—Renuncio á describir el reconocimiento de la ramillettera, cuando volviendo en sí vió á aquella hermosa señorita prodigándola los cuidados mas afectuosos, con una gracia, con una sencillez que duplicaban su valor.

—Nada me debe vd., la dijo Isabel interrumpiéndola. Ese caballero, añadió, es quien nos ha salvado á las dos.

Luego conociendo el desfallecimiento de la infeliz mujer, se acercó á un mozo, y dándole algunas monedas, encargó en voz baja que la sirviesen de comer.

—Está ya pagado por ese caballero que ha entrado con vd., la respondió.

Los dos habian tenido la misma idea.

Iba á despedirse de su libertador, y entonces notó que estaba sola.

El jóven salió á buscar al aya, que á pesar de sus esfuerzos por atravesar aquel muro de curiosos no podia conseguirlo.

—Caballero, le dijo Isabel entonces con voz dulce, nunca olvidaré lo que acaba vd. de hacer por mí: mi reconocimiento será eterno. Todo cuan-

to quisiera decir seria poco para manifestárselo.

—Yo he cumplido con un deber, nada mas. Vd. dando un ejemplo de abnegacion impremeditada lo imponia á todo hombre de corazon. Señorita, yo nada puedo, pero cuente vd. siempre con mi respetuosa consideracion, con el indeleble recuerdo que su accion deja en mi alma.

—Señorita, dijo tímidamente la ramilletera acercándose y ofreciéndola un hermoso ramo de violetas, si quisiera vd. aceptarlo!

El jóven lo tomó y lo presentó á Isabel: en el momento de ir ésta á recibirlo, la pobre mujer en el arrebató de su agradecimiento, estrechó entre las suyas las manos de los dos.

—Ah! Dios los bendiga! exclamó con efusion.

El contacto de sus manos y la accion de aquella mujer, hizo ruborizar á la una y estremecer al otro.

Al salir, Isabel inclinó sonriendo su cabeza delante del jóven, aspirando luego el suave aroma del ramo de violetas.

Despues de recorrer varias tiendas de la calle de la Montera muy rápidamente, y al salir de una de ellas, se encontró de nuevo á la ramilletera.

—Señorita, la dijo, enseñándola su cesta; llevo aquí la comida que me dabaz en la fonda para que participen de ella mis pobres nietos. ¡No hemos tomado nada desde ayer!

Isabel se informó entonces de la situacion de la ramilletera. Supo que la venta de las flores era su único recurso para mantenerse con dos nietos suyos, huérfanos de padre y madre. La mayor que tenia trece años, estaba ademas enferma, y los tres vivian en una bohardilla miserable cerca del Hospicio.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

VIAJES.

RAZAS SALVAJES.

Entre las naciones salvajes que viven diseminadas en el vasto Imperio del Brasil, una de las mas notables tiene sus habitaciones situadas entre el Rio-Pardo y el Rio-Doce (en los 18º y 19º L. Australia.) Descendientes de los antiguos Aimores, de raza Tapuya, se designan ellos mismos con el nombre de Edgereck Moug. Los Malules, sus

mayores enemigos, les llaman Epaosec (oreja grande), y los europeos, Bolocoudos, de la palabra portuguesa *badoque*, corcho de tonel. Estas dos denominaciones traen su origen de la costumbre que tienen las madres de abrir á sus hijos cuando nacen unas incisiones en el lábio inferior y en la punta de las orejas, introduciendo en ellas unos cilindritos de madera, que reemplazan sucesivamente con otros mas gruesos, hasta que puedan sustituirlos con unos cuya circunferencia sea casi igual á la de la copa de un sombrero. Estos tres cilindros, rodeados de carnes blandiscas, uno de los cuales cae sobre el pecho y los otros dos sobre los hombros, se chocan con un ruido sordo al menor movimiento, y paralizando completamente la espresion de los extremos de la boca, imprimen á la fisonomia un no sé qué de horrible fijeza y de odiosa apariencia de furor impasible.

El 1812 el conde Dos-Arcos, gobernador de la provincia de Bahía, entró en negociaciones con estos salvajes, y consiguió que cinco enviados, (tres hombres y dos mujeres), escogidos entre los principales de aquella nacion, le acompañasen al Rio Janeiro. A su llegada á la capital fueron alojados en el campo de Santa Ana, en una especie de cobertizo ó cuadra dependiente de los talleres del Gobierno. Los hombres llevaban por única vestimenta una piel de Tamandoa (1), que se parecia algun tanto á un capote inglés. Tenian la frente adornada con una diadema de la misma piel. Las mujeres iban completamente en cueros, y llevaban en la cabeza un gracioso adorno de caña seca tejida.

Apenas habian llegado al Rio Janeiro, conducidos por el mayor Cardoso de Rosa, quiso verlos D. Juan VI. Despues de un rato de audiencia, el Emperador los despidió, mandando que entregasen á cada uno una camisa de algodón, un chaleco y un pantalon de mahón azul, y diesén iguales prendas á las mujeres. Presentáronse en la segunda audiencia cubiertos con las ropas que habian recibido; mas apenas hubieron vuelto á su cuadra, se apresuraron á desnudarse y pasearse en cueros, haciéndose aire con unos abanicos de hojas de palma, como si aquellas ropas les hubie-

(1) Tamandoa, oso hormiguero, cuyas manos están armadas de uñas puntiagudas, con las que escarba los hormigueros metiendo allí la lengua, que vuelve á sacar cubierta de hormigas, sustento suyo ordinario.

sen abrasado la piel. Eran sumamente apasibles, y parecía chocarles la curiosidad que escitaban y la admiración que se pintaba en el rostro de cuantos les visitaban. Dos de ellos sabían algunas palabras portuguesas, pero para pronunciar las labiales tenían precisión de recoger en la palma de la mano las carnosidades colgantes y medio rotas del labio inferior, uniéndolas al labio superior.

Ofrecieron á D. Juan VI hamacas de algodón artísticamente trenzadas con hilos de varios colores, vestimentas, utensilios y armas, dándoles el Emperador en cambio, joyerías, collares, pendientes, sortijas, y además dos hachas de zapadores, que recibieron con indecible entusiasmo.

Volvieron á su país satisfechos de la buena acogida que habían tenido, pero mas contentos aun de tornar á su tribu, donde vivirían con mas libertad y no tendrían que encarcelar su cuerpo en un traje que les era molesto, ni serían objeto de una curiosidad que ellos mismos no se podían explicar y que les parecía extraña. (*Recuerdos de viaje.*)

ELOISA GATTELED DE SANTA COLOMA.

MODAS.

Las reinas de la Moda cruzan en todas direcciones los caminos de la península á buscar en las aguas el remedio de un mal, que aunque crónico, adquiere mayores proporciones bajo el influjo de la canícula. Este mal es la coquetería. Los médicos confidentes de estas bellas enfermas, no encuentran suficientes para alivio á sus dolencias los baños de Solan, de Cabras, ó los hervideros de la Fuen-Santa, opinan como indispensable una escursión al Cabañal de Valencia, á las playas de Deva, y si el mal está en tercer grado, á Baden ó á Spa. Estas dolientes hijas de Eva, que van á descansar en la tranquilidad del campo de la vida agitada de los salones, llevan consigo, para olvidar la Moda, mundos de trajes y adornos del gusto mas nuevo con que puedan sostener una digna competencia en aquellas anuales exposiciones del lujo y de la elegancia.

Dicho se está que las telas ligeras, de tintas suaves, de disposiciones armoniosas, ocupan el primer lugar en aquellos equipajes.

Casi todos estos trajes, aun los de muselina y barés, son de cuerpo alto y cerrado, con la única

novedad de forrarse solamente el bajo del cuerpo, para que en la parte alta se transparente el pecho, lo que produce muy buen efecto. Algunos, sin embargo, se llevan escotados, de forma cuadrada, poniendo encima graciosos fichús ó manteletas de tul ú organdi blanco, guarnecidas de encaje ó de rizados de cinta, tanto en el escote, como en los contornos. Siguen muy en boga las bertas, de la misma tela del vestido, bien redondas por delante y por detrás, ó redondas por la espalda, y bajando por delante en forma de chal á terminar en el talle.

Estas bertas y los tirantes se reemplazan por cuerpos de drapería á la Sevigné, con un gusto muy distinguido.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del grabado de Modas.

Núm. 1. *Sombrero* de paja de arroz, con adornos de blondas y cintas.

Núm. 2. *Capota* de crespon blanco, con adornos de blonda y ramos de flores.

Núm. 3. *Gorra* de levantarse, de muselina, guarnecida de valenciennes y cintas.

Núm. 4. *Gorra* de muselina bordada, con adornos de encajes y cintas.

Núm. 5. *Gorra* de tul, salpicado de motitas de felpilla, con guarnicion de lo mismo y adornos de cinta.

Núm. 6. *Gorra* para soaré, de blonda blanca: entre cada pliegue de la blonda se colocan flores encarnadas y de color de paja, y á cada lado un ramo de flores de granado. El bavolet queda muy alto, y va guarnecido de una blonda negra, sostenida por lazos de cinta.

Núm. 7. *Corpiño* de muselina bordada, con berta, guarnecida de un volante de lo mismo, con puntilla de encaje: un lazo de cinta de color de pensamiento se coloca en el cuello, y otro en la cintura: cada manga lleva otro correspondiente. Este corpiño requiere falda de muselina lisa, cuya delantera debe guarnecerse con dos afollados, puestos en forma de delantal, cuyo ancho será de siete centímetros en la cintura y veinte en el bajo.

Este grabado, que debimos repartirlo con el número de 30 de Junio, no ha podido serlo hasta hoy por un retraso en el camino de hierro de París á Burdeos, independiente de nuestra voluntad.